La espada del Duque de Alba

Patraña madrileña y un tanto desaprensiva

Diego San José

LA ESPADA DEL DUQUE DE ALBA

Patraña madrileña y un tanto desaprensiva

compuesta por

DIEGO SAN JOSÉ

(Ilustraciones de Echea)

La espada del duque de Alba

1921

DELANTAL DE ESTA PATRAÑA

Yo, amigo lector, aunque muy devoto de los pasados tiempos y gran reverenciador de los resabios que de ellos nos quedan, quiero decir objetos y papeles que se miran como auténticos testigos, siempre que me hablan de algún hallazgo remoto lo pongo en cuarentena, y más si se dice que ha pertenecido a persona notable que ha logrado los privilegios de la celebridad.

Y es que con las reliquias de la Historia suele acaecer lo mismo que con las de la Religión: se lleva uno cada chasco que acaba por perder la fe.

¿En qué Museo provincial no habrá una espada de Carlomagno, una sandalia de Atila o un cetro de Ervigio? Y aún está por alzarse la catedral en que no se venere una astilla del sagrado madero, uno de los clavos que traspasaron los pies de Jesús y una espina de la corona que le ciñeron en el suplicio.

Si un día se ordenara una recogida general de objetos divinos y profanos, se tendría en conocimiento que el monarca galo tuvo más espadas que una baraja, que Atila disfrutó una zapatería más importante que cuantas dan vida y fama a Mallorca y Almansa y que Ervigio usó un atributo de la realeza cada día; con las astillas de la Cruz podría formarse un bosque de muy distintas maderas, y con la clavazón poner un nuevo Rastro.

Cada vez que alguien me dice: «Venga usted por casa, verá usted qué autógrafo más curioso tengo de…» (aquí el nombre de un poeta insigne que haya pasado a los reinos de la inmortalidad), hago como que me dejo seducir, y hasta acudo a la amable invitación; pero no me trago el *paquete*, como suele decirse.

El autógrafo que el amigo cree que es de un bienaventurado de nuestro Parnaso, suele ser de un Juan Particular que disfruta la rara coincidencia de tener el mismo nombre que el escritor ilustre que dejó su fama esparcida por el mundo.

Si, en vez de un escrito, es una prenda de vestir, un bastón, una venera, unos guantes, puede acontecer muy bien que no haya habido cosa tan distante del insigne difunto a quien marcan por dueño.

En fin, yo he tenido en mis pecadoras manos las primitivas antiparras verdes de D. Francisco de Quevedo y el bastón predilecto de *Fígaro*; con documentos irrefutables, se me ha probado que estas dos reliquias eran auténticas, y aún me queda en mi interior cierto remosquillo de incredulidad, no por las personas que en la actualidad son conservadoras de tales prendas, sino porque temo que hayan sorprendido su buena fe, y los espejuelos del señor de la Torre de Juan Abad sean unos cristales viejos y unos hierros mohosos que hayan cabalgado en las corvas narices de un tendero de la calle de Postas, y que el flamante bastoncillo de Larra sea el junco de cualquier niño bien que reparte sus ocios entre *Maxim's* y el Tiro de Pichón.

Y como refuerzo de esta desconfianza, desesperante y antipática, me acuerdo en cada momento de cierta chistosa patraña que oí referir a un gran sabidor de viejos acaecimientos.

Ella remacha muy bien mis dudas acerca de la existencia de todo objeto por el que haya pasado más de una generación.

Aunque no con la donosura y gracia que a mí me la refirieron, porque el cronista en cuestión era un gran conversador, quiero trasladártela, si me das licencia, porque puede que, además de entretenerte un buen rato, haciendo con ello que te olvides de pesadumbres y sinsabores, y que no te amarguen el gusto los copiosos bandos del divertido señor Director general de Policía, te ponga en guardia contra los *camelos* más o menos históricos que cada día salen al paso de incautos y bien intencionados fanáticos del tiempo viejo.

Harta razón tenía el ilustre poeta de las humoradas al decir: «Viendo cómo se va tejiendo la historia moderna, no creo nada en la antigua».

Y ya que te dije cómo y por qué traigo a cuento la patraña que después sigue, amigo lector, sigue leyendo, y Dios te guarde…

I

Don Gil de Avendaño, rico mayorazgo de la ciudad de Valladolid, donde era bienquisto por su pingüe fortuna y obras bienhechoras en beneficio de los pobres y desvalidos, pues a su cargo corría la fundación y sostenimiento de un santo hospital, hacía más de dos meses que asistía en la Corte para terminar los últimos capítulos de su noviazgo, que amanecerían en boda, con una rica y lindísima madrileña.

Por el entonces, a fin de evitar la despoblación de las villas y lugares, cuyos señores abandonaban su cuidado para holgarse en Madrid, dio el Rey una pragmática prohibiendo la estancia de forasteros por más de dos meses. El señor don Gil, mientras lograba la solución de su negocio, procuró no desaprovechar el tiempo, dando gusto a su afición coleccionista de objetos, armas y libros antiguos.

Cuatro grandes estancias tenía tomadas en la mejor posada de Madrid, que era una que había en la calle del Príncipe, muy cerca del corral de las comedias, y las cuatro parecían, más que habitaciones de un caballero galán, almacenes de un anticuario.

Allí había libros de los primeros que se imprimieron en España. Entre ellos, aquel famoso de los *Gozos de Nuestra Señora*, con que la insigne ciudad de Valencia hizo su primera pleitesía a la prodigiosa invención de Gutenberg.

Sobre la mesa, junto a la cama, tenía muy bien conservado, por cierto, un bello ejemplar de aquel famoso *Libro de diversas trovas* que Cristóbal de Castillejo compuso para el Conde, su señor.

Pendiente de una de las columnas de la cama, había un rosario de ébano engarzado en plata, que don Gil decía que había pertenecido a San Francisco de Borja. Más allá, a los pies de un primoroso crucifijo de marfil, que Avendaño había adquirido porque le aseguraron haber presidido el oratorio del Cardenal Ximénez de Cisneros, había una ancha chita de seda negra, que cubrió los ojos del caballero Montigne cuando, por la siniestra política de Felipe II, fue degollado secretamente en el Alcázar de Segovia.

Ya le conocían todos los chamarileros de Madrid, y así por las mañanas solía parecer el zaguán de la posada el atrio de algún templo privilegiado donde se sacaba ánima de pena y se ganaran indulgencias.

Los amigos de su merced, que tenía muchos por el imán de su simpatía y los milagros de su liberalidad, también solían obsequiarle con presentes por el estilo, aunque luego se burlaran de él despiadadamente cuando conocieron que su afán era más monomanía que erudición, ya que más de una vez trocaba épocas y personajes como si fuesen figuras de baraja.

II

Amaneció con todo esplendor aquel día del Corpus de 1623.

Nuestro don Gil se despertó al incesante voltear de campanas de las cuatro iglesias que tenía en la vecindad: la de San Sebastián, el Monasterio de Santa Ana, la Victoria y la Compañía.

Si hubiese tenido más sueño y sido menos devoto, se pudiera haber adelantado más de un siglo a D. Tomás de Iriarte, cuando dijo en sonoros ripios, movido por el concierto campanil:

«¡Oh, campanas, si con vos
cargara el diablo a dos manos,
que matáis a los cristianos
en son de alabar a Dios!».

Pero era nuestro hombre católico a macha martillo, y así, incorporándose en el mullido lecho, pidió de vestir.

Le trajo *Caniqui*, su lacayo, una amplia bata de seda, y, mientras se la ayudaba a poner, le dio razón de que esperaba el peluquero y de que el zapatero no tardaría en llegar, puesto que, desde la noche anterior, estaba avisado para las nueve, y ya habían dado los tres cuartos para dicha hora.

Los elegantes de entonces, más presumidos y mirados que los de ahora, no estaban en disposición de salir de los umbrales de su casa si antes no pasaban por una legión de

manos mercenarias que les daban una segunda naturaleza, según los aderezos, perfumes, pomadas y cintas que les echaban encima.

Te hago gracia, lector, de los sobos y torturas que pasó Avendaño hasta verse en disposición de acudir a buscar a su prometida, que le esperaba para presenciar desde los balcones de su casa la procesión del Corpus, que prometía ser la más famosa de cuantas se vieron hasta entonces en la Villa y Corte de Madrid.

Teníamos como huésped al protestante Príncipe de Gales, que también, como don Gil, había venido a matrimoniar con la Infanta María Teresa; y Felipe IV, para mostrarle cuán equivocado estaba en sus creencias y, para confundirle, quiso hacer un alarde de inmensa religiosidad.

***

La mansión de amor del caballero provinciano estaba en la parte de la calle Mayor que llaman la Platería.

Ya hacía rato que la bella enamorada esperaba tras los cristales del balcón principal, y así como le viera llegar, se holgó mucho más que del espectáculo que estaba a punto de pasar ante sus ojos.

No solo por la hermosa Clara Eugenia fue bien recibido su merced, pero de los padres de ella y deudos y parientes, que todos le tenían en muy alta estima, si no era un cierto primito de la dama, que por ella bebía los vientos y no lograba más de sofiones y desvíos.

Este le saludó por cumplir, y por no verle, se fue a ruar a pie.

***

Sonaron clarines y atabales, y la gente se puso en orden para presenciar el paso de la devota cabalgata.

Bien puede tenerse por seguro que Madrid entero estaba en las calles y en los balcones del tránsito.

Las casas de linaje estaban colgadas con valiosísimos tapices, y tanto los señores como la servidumbre hacían notable alarde de riqueza en trajes y libreas.

Acaso a los ejércitos empleados en la conquista de reinos para la Corona de España se les debiera la soldada de años enteros y tuviesen que recurrir al merodeo y a la pecorea, si no

querían hacer penitencia forzosa; mas, para las fiestas cortesanas y estas otras en que, celebrando los triunfos de la Religión, poníamos un escabel para escalar la gloria eterna, nunca faltaba el oro a manos llenas, ni sedas y brocados con que vestirse suntuosamente.

La procesión se formó, como de costumbre, en la iglesia de Santa María la Real de la Almudena.

Según el ceremonial, cuando llegó la hora en que Su Majestad tuvo a bien señalar, se reunieron en el templo todos los Consejos, ocupando cada uno una capilla.

Al ofertorio de la misa, que se celebró de pontifical por el Patriarca de las Indias, entregaron al Monarca y al Príncipe de Asturias (que a la sazón lo era aquel don Baltasar Carlos, que se malogró en Zaragoza) las velas de ritual.

Después de que se acabó el santo sacrificio, se organizó la comitiva de esta forma:

Abrían marcha clarines y atabales; seguían los niños desamparados cantando aquella loa de Lope de Vega que dice:

«Pascual, ¿no me diréis vos
esto blanco qué sea,
que a mí me parece oblea
y el cura dice que es Dios?».

Los de la *doctrina*, que, soplando unos bucarillos llenos de agua, imitaban el gorjeo de los pájaros; detrás, los pendones y cruces de las innumerables parroquias de Madrid; los hermanos de los Hospitales General y de Antón Martín, y las infinitas Comunidades religiosas que necesita toda república cristiana para guía de su salvación; luego, las cruces de la Almudena y la del Hospital General; la clerecía y las Órdenes Militares con los mantos de Capítulo.

En la parte derecha, los Consejos de Indias, de Aragón, de Portugal y el Supremo de Castilla; en la izquierda, los de Hacienda, el de las Órdenes, la Inquisición y de Italia; a continuación, veinticuatro sacerdotes revestidos; la Capilla Real, con su guion; tres caperos, el de en medio con báculo: el Arzobispo de Santiago, de pontifical: los pajes de Su Majestad, con hachas encendidas; las andas del Santísimo; el Consejo en pleno, con el palio; el Rey y el Príncipe, con los atributos de su alta jerarquía; un poco detrás, los Cardenales Espínola y Zapata; el Nuncio y el Obispo de Pamplona; el Inquisidor general; el Patriarca de las Indias; los Embajadores de Francia, Venecia, Inglaterra y Alemania.

El conde-duque de Olivares, los *grandes* de servicio, los títulos más importantes del reino, las guardias española y tudesca y la tropa de archeros.

Valían por amenizadores profanos del devoto paseo los gigantones y la *gigantilla*, de cuerpo pequeño y desmesurada cabeza, a los que el vulgo llamaba *hijos de vecino*, y, rodeados de muchachos, caminaban haciendo grotescas contorsiones en la vanguardia de la procesión.

No faltaba la *gentecilla de poca vergüenza*, que así decían a unos cuantos bigardos vestidos de absurda manera, que, al alegre tañer de tamboriles y castañuelas, hacían mudanzas y figuras de mucho regocijo.

Pero nada despertaba tan gran curiosidad como la aparición de *La Tarasca*, símbolo del demonio *Leviatán*, cuyo mecanismo estaba compuesto de tal suerte que, alargando la monstruosa cabeza, quitaba los sombreros a sus más cercanos admiradores, tragándolos como si fuesen muy provechoso alimento.

Sobre el grotesco monstruo iba una mujer de arrogante figura, ataviada con chillonas galas, que eran patrón de la moda femenina durante el verano.

Después de que toda esta mescolanza religiosa y profana llegó ante Palacio, para que el Príncipe inglés admirara nuestra abigarrada devoción, se tomó la vuelta al punto de partida, que fue subiendo hacia la iglesia de San Juan: siguió hacia la Puerta de Guadalajara, y desde allí, bajando por las Platerías y calle Real de la Almudena, entró en el templo.

Entonces, el Rey y el Príncipe tomaron la carroza y tornaron al Alcázar, escoltados por las guardias española y flamenca.

Pasado todo el religioso bullicio, se desparramó la gente en busca de la olla nacional, puesto que, en la tarde, tendría que buscar nuevo divertimiento con la representación de los Carros del Corpus, cosa que era un punto más agradable a nuestros antepasados que la misma procesión en que hacía su carrera triunfal Jesús Sacramentado.

***

Comenzaban los enamorados a tejer proyectos para la tarde, cuando, sin saber por qué causa, sufrió la moza un desvanecimiento, que, de no estar junto a su don Gil, hubiese dado en el suelo con su bella humanidad.

La trasladaron a su aposento y de puro acongojado quedó el novio con el alma en la boca esperando que le dieran noticias de su muerte, pero no fue en tan trágica manera, porque salió la madre, D.ª María Ignacia, diciendo que aquellos ahogos solía padecer su hija cuando hacía tanto calor, como entonces; que con quedarse en casa una tarde, al día siguiente no habría ni memoria del accidente.

—Así, pues, señor don Gil —le dijo al hidalgo—, se nublaron por esta tarde los *carros*.

Besó respetuosamente la mano de la dama, y se fue el hombre, bastante mohíno, hacia su posada, e iba haciendo propósito de no salir en toda la tarde, en honor a la forzada reclusión de su doña Clara Eugenia. Se pasaría todo el tiempo escribiéndola una carta extensísima en la que haría relación de todo el pesar de la ausencia y rendiría nuevo homenaje a tan encendido y sincero amor, que le había traído desde las peladas márgenes del Esgueva a las frondosas y alegres del Manzanares.

Y aun haría lo que hasta entonces no se había atrevido, que era hilvanar un soneto a la moda, en que dijera que aquel ahogo, que, sin duda, había tenido efecto por la dura presión del justillo, lo sentía él en el corazón por la recia tirantez del arco de Cupido.

III

Cuando entró en su aposento, *Caniqui*, el mozo, le entregó una espada vieja y un pliego nuevo.

De mala gana rasgó el sobrescrito del papel y se halló con que decía de esta suerte:

«Sr. D. Gil de Avendaño:

Sabiendo, amigo y señor mío, el alto aprecio que vuesamerced acostumbra a hacer de las prendas históricas, que tiene su aposento tronado en museo de cosas notables, unas por su cierto valor artístico y otras por haber pertenecido a insignes dueños, que los más de tales señores tienen grabado su nombre con letras de oro en los respetables folios de la Historia, no tengo empacho alguno en desprenderme de tan preciadísima joya como esta espada que tengo el gusto y honor de enviarle y que perteneció en sus días a mi ilustre

allegado el famoso don Femando Álvarez de Toledo, duque de Alba, espejo de insignes militares, columna mayor de la Monarquía de Felipe II y azote de herejes.

Con el alma y la vida la pongo en las manos de vuesamerced, sabiendo que más honrada ha de estar en ellas que no en las mías, que, en verdad, y aunque no me esté bien el confesarlo, no saben hacer justo aprecio de antiguallas, y no es esto tanto como decir que las menosprecio.

No haga, pues, señor don Gil, escrúpulo de cortesía, ni piense en la niñería de devolvérmela, pues desde ahora le digo que lo tomaré a desaire.

Dios guarde a vuesamerced como deseo que lo haga con este humilde servidor que le estima en lo mucho que vale,

D. Pedro de Mendoza y Toledo».

Como por encanto, se le borró la amatoria pesadumbre que tan melancólico le traía.

Miró la espada, remiró el papel y, en menos de un cuarto de hora, entiendo que lo leyó ocho veces.

Bien puede tenerse por cosa cierta que no la trocara por aquella inmortal de Horacio a los Pisones, ni por cuantas epístolas famosas se han escrito desde que la Humanidad sabe escribir.

Dobló luego el pleguezuelo por sus primitivos dobleces y, dejándolo en una parte de la amplia mesa, tomó la reliquia a que el papel hacía referencia.

La cogió delicadamente, como si fuese cosa viva y frágil.

Acarició la guarnición con el mismo cariño y voluptuosidad que pudiera acariciar la despeinada cabellera de una mujer hermosa, y pasó la siniestra mano a lo largo de la recia hoja.

Apoyó la punta en el suelo y probó la flexibilidad de su temple. Intenciones tuvo de hacer con ella unos cuantos molinetes y aun simular un par de mandobles, como los que, sin duda, debió de asestar en Flandes y en Italia su primitivo dueño; pero el respeto que la inestimable reliquia merecía le contuvo.

Tornó a dejarla sobre la mesa y, por otro buen espacio, la estuvo contemplando con extática arrobación. Poco le faltó para que sus rodillas no se doblaran y se hincaran en el suelo en religioso homenaje.

Y era lo cierto que el histórico acero no mostraba por sí aquella grandeza de que le había ungido la mano de aquel invicto caudillo. Estaba toda mohosa y no muy bien conservada; la hoja tenía algunas huellas que, con otras pocas más igualadas, le harían parecer sierra de un carpintero; los hierros de la guarnición estaban torcidos, como magullados por los golpes; de los dos gavilanes, le faltaba uno.

Pero esto, sin duda de ninguna especie, contribuía a reforzar el prestigio de la joya.

Si de algo le pesaba era del sucio abandono, pues se le alcanzaba muy bien que en vida del señor duque de Alba, que era persona limpia y cuidadosa, a pesar de ser hombre de guerra, no mostraría tanta incuria: antes bien estaría bruñida su hoja para que mejor en ella se quebraran los dorados rayos del sol, y la guarnición estaría pulida de continuo por la caricia del guante de su excelencia.

Todo aquel orín y aquella mugre la habían puesto el vaho del tiempo y el descuido de los que hasta entonces habían gozado, con poco respeto, la posesión de tan histórico tesoro.

Esto para nada quería conservarlo.

Él la pondría, hasta donde le fuera posible, tal y como estuvo por última vez bajo la diestra del insigne caudillo.

Y no queriendo dejarlo para más tarde, se puso manos a la obra.

Con lija fina de esmeril y aceite la fue devolviendo a su primitiva grandeza. La obra no fue nada fácil ni de corta duración, porque no parecía que hubiera pasado solo un puñado de años por aquel glorioso hierro, sino tantos siglos como cuentan las Pirámides de Egipto y las Ruinas de Itálica.

Después de que el arma quedó limpia de toda suciedad y horra de todo abandono, anduvo buscando la marca del maestro que la forjara, pero no la halló en toda la hoja; algo le descorazonó esto, pues se resistía a creer que tan preciada pieza pudiera ser inclusera. Mas le acudió a las mientes que de esta suerte suele acaecer con mucha frecuencia en la vida humana; personas hay que alcanzan un alto puesto y vienen de la más humilde pobreza, muchas de una casa de misericordia, y algunas, como el Condestable don Álvaro,

que fue único dueño y señor de Castilla y su Monarquía, mecieron su cuna en las deshonestas salas de una manfla…

En estas admiraciones, se le pasó muy bien la hora de comer, y daban las dos de la tarde cuando *Caniqui* le recordó que había olvidado tan necesarísimo menester, y se apresuró a cumplirlo.

Mientras comía, tuvo (a mi juicio) un mal pensamiento; en su afán de no separarse de la reliquia y darse el placer de mostrarla a todo el mundo, la llevaría consigo.

Esto quiere decir que se le habían esfumado como el humo aquellas murrias amatorias, y para nada se acordaba de lo que prometiera a la gentilísima doña Clara.

Lleve el diablo la intención que, de la carta, quedaba y aun menos del alambicado y cultísimo soneto que se proponía escribir.

Cuando hizo este voto no contaba con la sorpresa del venerable presente.

Comió deprisa y mal, pues siendo como era día de vigilia, no miró que todos los platos fueron de carne, y cuando dio una blanca para que fuese el paje por unas almendrillas tostadas, que tenía por costumbre poner de contera al almuerzo, no le pidió las vueltas, de que se holgó el muchacho, muy silenciosamente, para que su amo no echara en cuenta el olvido.

Se levantó de la mesa, pidió capa y sombrero, sustituyó su pulido estoque de Corte por el del duque, mandó a *Caniqui* que le siguiera y salió de la posada con más viento en la cabeza que el que se necesita para bogar un navío de tres puentes.

IV

Nunca con más empaque y brío paseó por las calles de la Villa don Gil de Avendaño, aunque, si vale decir verdad, no empuñaba la joya con la misma seguridad y descuido que el estoque que usaba a diario; antes tenía mucho cuidado con que no sufriera encontronazos, y si cruzaba ante alguno que tuviese fama de *gallina*, se apartaba para no contaminar la preciada reliquia.

No dejó de asistir al *mentidero* de las *Gradas*, porque, por ser Bolsa de los sucesos de dentro y fuera de la Monarquía, sería el primer lugar donde supieran apreciar en todo su histórico valor el inestimable presente que le hiciera don Pedro de Mendoza.

No más hizo que levantar la cabeza cuando se vio rodeado de más devotos que padre misionero. Todos se hacían cruces mirando la famosa espada: tal había que palpaba la hoja como si fuese prenda de algún bienaventurado que asentaba a la diestra de Dios Padre.

Alguno de aquellos veteranos que asistieron a las campañas de Italia y Flandes la tomó a pulso, y, teniéndola cogida, hizo otro nuevo discurso de las armas, sin acordarse de las letras para cosa de honra, que malos años eran para aquel famoso que pronunciara el ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha.

Algún capitán del Tercio viejo también la pasó por el almojarifazgo de su sapiencia bélica, y acabó por entregarla a su dueño pintando en su rostro un impertinente gestillo de incredulidad.

—Me parece muy poco hierro este para un tan gran general como fue el duque de Alba —se atrevió a decir.

No se querellaría tanto don Gil de Avendaño si le infamaran el nombre o dudaran de la pureza de Nuestra Señora; pero por no poner en riesgo la reliquia, que no tenía más arma para defenderse, dejó pasar el agravio, sin ponerle más valla que una ligera protesta.

No faltó quien echara en cara que estaba muy mellada y en no buen uso, cosa para ser de quien se decía, puesto que don Fernando de Toledo no anduvo de continuo a tajos y mandobles como un soldado raso.

Avendaño no quiso escuchar más juicios y opiniones, y acordándose en aquel momento que en el Corral del Príncipe estaba a punto de empezar uno de los famosos autos del Corpus, guiñó un ojo a su lacayo y, bajando las gradas y cruzando por las covachuelas, tomó la ruta de donde pensaba hallar gente de más seso y más fe histórica…

Se topaba con la gente que corría hacia la vieja plaza de San Salvador, donde se ponía el carro que vería el Consejo, y cada encontronazo que le daban en la tizona ducal le pesaba más que si se lo diesen en el alma.

Una moza de aquellas de rompe y rasga se enredó, al pasar, la punta del delantal en las guardas y tiró con tal brío que a pocos más arrastra tras de sí el acero.

—El demonio del usía —dijo—, que lleva una reja por espada; ya la podía poner en una ventana y no traerla al cinto, que más le sirve de estorbo que de defensa.

V

Entró en el patio del Corral con más jactancia de la que solía, y quiso su mala suerte que se topase de buenas a primeras con un *mosquetero* de no buenos hígados, de estos que más van a los Corrales a levantar tempestades contra los poetas y los cómicos que a solazarse con las muestras de ingenio de los primeros y la maestría de los segundos.

—No mira el cegato por dónde va —dijo aquel repeliéndole violentamente porque le tropezó sin querer; y tan rudo fue el empujón que en poco estuvo que el hidalgo no viniese a dar en tierra.

Fue su primer impulso el de castigar al insolente como tenía merecido, mas se acordó de que no era arma ofensiva ni defensiva la que llevaba, sino joya histórica, y subiendo la mano hasta el emplumado chapeo, pidió perdón y siguió la ruta de sus amistades.

De las primeras palabras que le hablaron, sacó argumento para presentar la espada.

Dijo uno:

—Parece que hay barrunto de malas nubes para el auto de esta tarde, que es del Doctor Mira de Amescua, y me parece que, si Dios no lo remedia, tienen que pintar bastos.

—Así lo creo yo, si es cierto lo que me dijo hace poco el alguacil que cobra las entradas: pues tan poca cosa parece que es la tal pieza que no pintarán oros para quien la compusiera.

Y aquí estuvo la ocasión para que don Gil metiera su baza en esta forma:

—De esos *palos* nada sé, pero si pluguiera al naipe que fueran espadas, yo traigo un *as* que es de gran prestigio y único en el mundo.

Le preguntaron los otros qué quería decir y, desembozándose, dijo, poniendo jactanciosamente la siniestra mano en la guarnición del estoque:

—¿Veis aquí esta espadilla vieja?

—¡Buen hierro para varilla de cortinas! —dijo el que estaba más cerca.

Y el de más allá:

—¿De cuándo acá, mi señor don Gil, usa vuesamerced, que es tan pulcro y atildado, rejoncillos del matadero por estoques cortesanos?

Otro le dio un manotón, exclamando:

—Quite allá esa porquería, que, sin duda, recogió en un muladar.

Y dejó que dijeran, por un buen rato, con la esperanza de solazarse luego en sus propias confusiones: y cuando le pareció que ya estaban bien burlas y vejámenes y que pasaban de irreverencia para la gloriosa memoria del gran capitán de Felipe II, exclamó con toda solemnidad:

—Pues sabed, amigos, que este hierro despreciable, según vosotros, no es menos que la espada que llevó en Flandes don Fernando Álvarez de Toledo, primer duque de Alba.

Y para dar más realce a la evocación, se destocó el sombrero con tanto respeto que la ostentosa pluma, presa por un broche de plata cincelada, barrió el sucio suelo en un buen espacio.

Una oleada de sorpresa ahogó las chanzas de los alegres camaradas.

***

Entonces, don Gil, mostrando empíricamente su acero, se creyó en el caso de hacer un breve resumen histórico de los famosos hechos en que había tomado parte fulminando el odio y el terror al resplandor de sus reflejos y con el filo do su hoja.

Cuando el taciturno Felipe II, en lugar de ir personalmente a pacificar los disturbios de Flandes, como le rogaba su hermana, la Princesa Margarita, Gobernadora de aquellos Estados, determinó que lo hiciera el sombrío y vengativo duque de Alba, hecho que tuvo lugar el 15 de abril de 1567, puso en sus manos una recia y bien forjada espada de campaña, diciéndole, al mismo tiempo, de ceñírsela con sus propias manos, por hacerle más honor:

—Duque, vais a un país de herejes y levantiscos donde la fe de Nuestro Señor es ultrajada con todo encono; mi deber de católico está por encima de toda política y de toda diplomacia; yo sé que con un poco de manga ancha, como dice el vulgo, podría componerse aquello, pero padecería el triunfo de nuestra sacrosanta religión, y el ánima del Rey, mi padre, me pediría en la hora de todos muy estrecha y ajustada cuenta por no haber puesto por obra aquello que tanto me encargara en la hora de su muerte, que era mantener en aquellos Países Bajos la religión católica a sangre y fuego, aunque de esa manera se perdiese toda aquella tierra. Esta espada que ahora os ciño, más con afecto de hermano que con majestad de monarca, os sirva para tan grande empresa; con la cruz de su guarda, ganad almas para el cielo; con el filo de su hoja, enviad herejes al infierno.

Le dio luego paz en el rostro, y como si enviara un padre misionero a la sumisión de infieles, y no un general a la pacificación de un Estado, le dio su bendición y mandó que se cantara un solemne *Tedeum*.

—Esta valiente espada, señores míos —continuaba, con ínfulas de orador bélico, don Gil de Avendaño—, redujo la soberbia de los condes de Egmont y de Horn, y aunque esto más tengo para mí por villanía que hazaña, lo estimo bueno, ya que en ella pusieron los ojos aquellos dos valientes adalides de los fueros flamencos. Muchas veces, sin desprenderla de su cinto, presidió Su Excelencia aquel terrible tribunal que llamaron *de la Sangre*, y contra el cual no había apelación.

Muchas veces, en esta misma empuñadura, se habrán agarrotado las manos de madres, viudas y huérfanos pidiendo clemencia y sin duda que en más número que en toda otra ocasión, aquel memorable miércoles de Ceniza de 1568, en que mandó ajusticiar cerca de quinientas personas de todas clases, así de la aristocracia como del estado llano. De pensar que una de las manos venerables que se cogieron a estas guardas habrá sido aquella condesa de Egmont, pidiendo el indulto de su marido, tengo a este hierro en más de lo que es… Él se ha visto frente a la vencedora tizona del Príncipe de Orange, él ha estado en el Maestrich y sabe de aquella admirable y arriesgada estratagema de Su Alteza para vadear el Mossa, apiñando de orilla a orilla todos sus caballos para quebrar la corriente del caudaloso río, y haciendo un puente con los carros de la impedimenta, sobre los que pasó cómodamente la artillería, sin que el de Alba se percatara, y tanta fue su incredulidad que, cuando le comunicaron este arriesgado paso, replicó: «¿Pensáis que el ejército de Orange sea alguna bandada de golondrinas, para que pueda cruzar el río a vuelo?».

—Esta espada tiene que saber de aquella gran soberbia que se manifestó en el terrible general cuando tuvo la mala idea de erigirse una estatua fundida con los cañones tomados a Luis de Nassau, vanidad que a todo el mundo pareció harto desmedida, incluso al mismo Rey de España, que no había permitido que su busto y sus armas se pusieran en las puertas de las ciudades conquistadas.

Después del famoso sitio de Harum, ha visto este famoso hierro la sublevación, por falta de pagas, de los Viejos Tercios, y entonces tuvo que humillarse ante la razón y la fuerza que movía a aquellos sufridos y valientes peones por quien Felipe II tenía tantas villas y lugares fuera de España…

En fin, amigos, que en este acero podéis mirar una reliquia de nuestra pasada historia, que cumplió con todo rigor y fidelidad el empleo que el Rey le señaló de servir como enseña de la fe y castigo de herejes.

***

Y como si hubiera alegado bastante en honor de la preciada reliquia, con todo el énfasis que hubiese podido hacerlo su primitivo dueño, y como el inmortal fanfarrón del soneto cervantino:

«Caló el chapeo, requirió la espada,
miró al soslayo, se fue y no hubo nada…».

VI

No había hecho más que abandonar el Corral, sin esperarse a entretenerse con la comedia, que, por ser nueva, prometía batalla de hortalizas y otros proyectiles de plazuela, que por el entonces estaban muy en uso, cuando entró otro caballerete, a quien llamaban don Alonso de Peñalva, que, sin duda, era asiduo concurrente al escénico divertimiento.

Le dijeron los otros cómo acababa de salir don Gil de Avendaño amarrado a su alhaja como un forzado de galeras a la empuñadura de su remo, y no hizo más que oírlo el recién llegado y soltó tamaña carcajada que interrumpió la atención sobre el auto, que comenzaba en aquel momento.

De todos los ámbitos del Corral surgió la protesta, pero de ningún sitio con tanta fuerza y encono como de la *cazuela* y el *degolladero*.

Alguno de los tronchos que estaban prevenidos en manos femeniles, que eran señoras de sus puestos en los tenderetes de puntapié de las plazas de la Cebada y Mayor, se adelantaron en obsequio de su merced, y del primero le hicieron ser cortés, derribándole el sombrero, porque ha de saberse que entonces no era uso que los espectadores estuvieran descubiertos durante las representaciones.

El ofendido, como buen caballero al uso, que pensaba que todo se lo debían, metió mano a la espada y quiso vengar la ofensa contra los *mosqueteros*.

Daba voces el corregidor desde su aposento, mandando que todos que se aquietaran o todos irían presos en traílla; andaban los alguaciles y corchetes de un lado para otro, y no eran los que menos sentían la iracunda de los contendientes; se paró la comedia, tornándose los cómicos en espectadores, y al fin todo se aquietó con salirse fuera el de la risada y sus amigos, no sin antes haber dado una cuchillada a un infeliz corchete que se metió por medio.

Una vez más se cumplió el refrán de quebrarse la soga por lo más delgado.

Como los causantes del alboroto eran vástagos de la primera nobleza de Castilla, se los dejó de ir libremente, y aun fue mucho que no les visitara el corregidor para pedirles perdón por no haberles ayudado en la contienda.

Al fin, todo vino a dar sobre las costillas literarias del poeta que escribió el auto, el cual tuvo un desastroso final, pues como la gente estaba soliviantada y con la sangre pidiendo pelea, cerró contra la representación y no hubo denuesto ni arma de plazuela que no arrojaran al escenario.

Ni aunque hubiese asistido la Reina, que gustaba mucho de presenciar tales jaranas, haciendo soltar ratones en la cazuela, con lo que las mujeres ponían el grito y las faldas en el cielo, se hubiera movido mayor escándalo.

Como don Alonso de Peñalva y sus camaradas salieron con tanta precipitación, no sabemos a la hora de esta qué ocasión podía tener aquella carcajada, que de tan alborotada manera malogró la representación, pero yo tengo para mí que no podría ser otra cosa, sino que entre la reliquia del de Alba y el humor de los hidalgos habría alguna pesada burla.

VII

Don Gil de Avendaño, así como dejó el Corral a punto de trocarse en Campo de Agramante, se fue calle del Príncipe arriba, para tomar hacia la Carrera de San Jerónimo y dar en el Prado, donde podría hallar infinitas ocasiones de mostrar la estupenda reliquia.

Pero he aquí que al llegar junto al palacio de Lerma vio que caminaban delante de él dos tapadas de buen garbo, y como sobre su pasión de coleccionar antiguallas históricas estaba su afición a las buenas mozas, echó detrás, y a dos galanterías un tanto conceptuosas, como era uso merced a la nueva escuela de don Luis de Góngora, consiguió que volvieran los rostros y se corrieran un poco los mantos.

Guapas del alma eran las niñas y nada hoscas ni zahareñas, por cuanto respondieron a las cortesanías.

—¿Y adónde, tan solas, van mis dos gacelas por este alborotado mar del Prado? —preguntó don Gil.

—A hacer tiempo —respondió la una de ellas— para entrar a rezar el rosario en Jesús, que somos muy temerosas de Dios, y esta práctica no la hemos olvidado un solo día desde que tenemos uso de razón.

—¿Y no tienen quien las acompañe? —prosiguió Avendaño.

—Más tarde nos esperará un primo nuestro ahí, junto al Juego de Pelota, que nos llevará a tomar un agasajillo antes de entrar en el templo.

—Lo peor será —arguyó la otra— que, como no se le da mucho del parentesco, nos haga esperar en claro.

—Y más que es nuevo en Madrid y no conoce bien los lugares —continuó la que habló primero.

—¿Qué pesadumbre puede darles estando yo aquí para servirles desde este punto y hora? —dijo don Gil, haciéndosele la boca agua ante el trapío cierto y aparente facilidad que mostraban las dos buenas mozas.

En este momento, le pareció que le estorbaba la servidumbre de *Caniqui*, y, haciéndole una seña, le ordenó que se retirara.

El mozo, que, como buen sirviente, estaba deseando verse libre de su menester, no se hizo repetir la orden, y, tornando sobre sus pasos, subió calle del Prado arriba, hasta dar en un bodegoncillo de la calle de las Huertas donde solía reunirse con otros camaradas de su oficio y de su pueblo.

Caminaba Avendaño tan junto a la más gallarda de las dos mozas, si es que la una podía tener primacía sobre la otra, que llegó a saber muy bien si era dama de postizo o señora de sus propias carnes. Así como el recibimiento de la espada le mudó los pensamientos sentimentales. esta comprobación hizo que se le desvaneciera el cuidado y conservación de aquello en que poco antes llevaba puestos los cinco sentidos.

Se fijó (a pesar de lo *amelonado* que le tenía el buen rejo de las mozas) en que, como iban tapadas y por el entonces estaba prohibida la entrada en el Prado a las tapadas, que comenzaban a ser blanco de curiosas miradas, y mirando si podría hallar a mano el coche desocupado de algún conocido, les preguntó que cómo, siendo cosa tan corriente en Madrid, habían bajado a pie.

—¡Ay, señor! —respondió la una, que atendía por Lucila—. Porque bien podemos decir nosotras como aquel predicador gorrón y mal sufrido.

—¿Y qué fue lo que dijo su paternidad? —inquirió Avendaño.

A lo que respondió la guapa, adoptando ese tonillo confidencial que se emplea para contar patrañas a los chicos:

—Pues sabrá vuesamerced que este era un famoso predicador a quien los reyes quisieron oír un día solemne en la capilla de Palacio. Le enviaron recado a su convento, pero no coche, a pesar de haber un temporal de nieve de los pocos que se han visto en Madrid.

El buen religioso, como el mandato venía de tan alto, no tuvo más remedio que obedecer, aunque en el alma le pesara la desconsideración u olvido, y remangándose los hábitos hasta cerca de las rodillas y calándose la capucha hasta los ojos, se fue camino del Alcázar, adonde llegó hecho propiamente una sopa de gallinero.

Ya hacía rato que le esperaban, tanto que el mayordomo tuvo que decirle, en son de reproche:

—Padre, ¿pues cómo ha tardado tanto, que ya están impacientes Sus Majestades?

El bendito siervo de Dios no respondió palabra y se encaminó a ocupar la cátedra del Espíritu Santo.

Subió con mucha parsimonia, y cuando estuvo arriba, se quitó el capillo, que chorreaba agua como si le torciera fuertemente una robusta ninfa de los lavaderos del Manzanares, y sacudiéndole sobre los oyentes, dijo:

—Perdonen ustedes, señores, porque en esta Casa hay coches para todos, hasta para *ellas*, menos para el predicador. Sea ante todas las cosas bendito y alabado el Santísimo Sacramento del Altar[1].

—Y así acontece en nuestra casa —apoyó la otra, que atendía por Fuencisla—: en casa hay coche para *todas*, menos para nosotras.

En este momento, que ya habían entrado las damas y el cortejo en el Prado, llegó un alguacil, que, encarándose con los tres, les dijo, con no mucha urbanidad:

—Pues, ¿cómo no cumplen lo que tiene mandado Su Majestad? ¿No saben que aquí no pueden entrar *ellas* al uso de Turquía, ni *ellos* con el embozo hasta los ojos?

Don Gil, por debajo de la capa, le puso en la mano una doblilla, diciéndole al mismo tiempo que le buscara un coche.

No se hizo esperar la orden el prevaricador, que no guardador de la policía, a uno que pasaba de vacío le hizo acercarse (sin duda que el cochero y el esbirro eran lobos de la misma camada).

Las mozas saltaron dentro, diciendo graciosamente:

—Gritemos como las hijas de Gil Imón: somos de justicia.

Subió don Gil, y como la espada le estorbase para ir cómodamente *arrodillado* entre las dos bellezas, se la quitó y la tendió tras de sí sobre el asiento. El coche echó su ruta hacia los Atochares…

[1] El cuento o sucedido del que fue protagonista el P. Alejo del Valle acaeció en el reinado de Carlos IV. Perdónese al autor de esta *patraña* el anacronismo, pero le pareció que venía tan al caso en labios de la linda tapada, que embobó a don Gil de Avendaño, que no pudo substraerse al gusto de insertarlo.

***

—¿Por qué dijeron mis niñas eso que atribuyen a las *Gilimonas*? —preguntó Avendaño.

Y respondió Fuencisla, descubriéndose por entero el rostro, que era de muy buen ver, aunque algo ajado por las pinturas y afeites de tocador:

—Vaya, otra vez de cuento, aunque este lo es menos que el que dijo mi hermana.

—¿Son hermanas? —preguntó el hidalgo con cierto asombro, observando que en nada tenían semejanza.

—De madre, nada más —respondió Lucila.

Rieron cínicamente, y continuó Fuencisla:

—Ya sabe vuesamerced que el conde-duque, a quien Dios Nuestro Señor guarde muchos años bajo una losa, no sabiendo ya cómo embobar al Monarca y fastidiar al pueblo, ha echado a rodar este nuevo pregón sobre los mantos, como antes el de los adornos y escotes, que a todas las mujeres nos ha sabido a cuerno quemado, porque ellos son salvaguardia de nuestras voluntades, que cada una, aun la misma Reina, puede hacer lo que le venga en gana sin que se sepa quién es…

—Otra, como la de prohibir el *guardainfante* —interrumpió Lucila—. Porque, decidme acá: ¿qué mujer en estado que no lo sea por obra y gracia de su marido, va a salir a la calle luciendo la promesa del fruto?

—No divaguéis, princesas —atajó el caballero— y seguid con la esencia de aquel dicho.

—Pues sabrá que de las muchas que no hicieron caso de aquella pragmática contra la excesiva exhibición de la carne pecadora —prosiguió Fuencisla— fueron las hijas del Fiscal de los Consejos y Gobernador de Hacienda don Gil Imón de la Mota. Estas damiselas y la madre, que está de muy buen otoño, son de las más revoltosas y encendidas hembras que tiene Madrid. El mismo día en que apareció el bando, tomaron sus coches y bajaron a este mismo lugar, entre vestidas y desnudas. Se apearon junto a San Fermín, y no bien habían asentado los pies en el suelo, se les presentó un alguacil, menos humano que este que ha querido corrompernos las oraciones:

—Dense vuestras mercedes a prisión, en nombre del Rey —dijo, blandiendo la vara.

—A otra puerta, señor golilla —respondió la madre, doña Leonor de la Vega—, que nosotras somos de justicia.

Y alzándose los vestidos para que se las viesen bien los chapines y lo gordo de las medias, se volvieron al coche, que a toda priesa tomó el camino de su casa.

Cuando por la noche llegó el señor Fiscal, ya tenía noticia del caso; llamó a las delincuentes, y calándose los anteojos de Audiencia, sin otra preparación jurídica, les dijo:

—A las justicias poco cuidadosas en el cumplimiento de esta pragmática de los mantos, se les impondrá, entre otras penas, la de privación de oficio. Con arreglo a tal ordenanza, un juez cualquiera os hubiese condenado a reclusión temporal. Yo, marido de una mujer tan sin juicio y padre de dos hijas tan bellacas, amenguo la pena y me conformo con que vistan de monjas de ahora en adelante.

Pusieron las condenadas el grito en el cielo, pero el buen magistrado, queriendo hacer un ejemplar escarmiento en su misma familia, llevó su celo donde ellas no pensaran.

Mandó echar un pregón en el que advertía al pueblo que, para castigo de quienes no cumplían los mandatos del Rey, pasearían sus hijas vestidas de monjas por el sitio en donde delinquieron, por espacio de cuatro horas: y ello tenía que llevarse a cabo mientras no mostrasen elocuentes pruebas de mansedumbre y arrepentimiento.

Y era cosa de ver todas las tardes a las Gilimonas, cuando mayor era la afluencia en el Prado, aparecer con su escolta de alguaciles, vistiendo las severas tocas monjiles. Había quien solo por toparse con ellas bajaba a ruar.

Cuando el iracundo padre tuvo a bien alzarles de la pena, no quisieron asistir más en la Corte y se fueron a vivir a Valladolid, donde son menos conocidas, y, por lo tanto, no pueden zaherirlas con burlas y chacotas, como no dejarían de hacerlo las gentes de por acá.

Se rio Avendaño de la humorada de aquel magnate, que tan gentilmente contó la bella Fuencisla.

Lucila, que, por no llevar soplillo, se hacía aire con el chambergo del galán, dijo:

—En verdad, que, si topásemos con nuestro primo, le pediría que nos llevara a refrescar, pues hace un bochorno que no hay sangre que lo resista.

—Para eso —exclamó Avendaño—, maldita la falta que nos hace el señor primo.

Y sacando la cabeza por la portezuela del coche, mandó al cochero que echara hacia la primera botillería que hallase a mano.

Lucila dijo que, como alguien podría reconocerlas y no les estaba bien a su decoro, ya que ambas eran casadas y solo por holgarse un poco habían admitido el cortejo, mejor sería que se fueran a casa de Fuencisla, cuyo marido estaba ausente, y allí podrían refrescar y pasar el resto de la tarde como bien quisieran, sin darle un cuarto al pregonero, que el que quisiese saber se fuera a Salamanca.

—Y mientras traigan lo que se ofrezca —dijo la viuda honoraria—, yo le fío a vuesamerced que no faltará una guitarrilla que nos dé pretexto para trenzar algún bailecillo; que, si de ordinario somos dos esfinges, puestas a divertirnos no nos duelen prendas.

Don Gil, que vio cómo le ofrecían más de lo que, en un principio, se prometiera, no tuvo inconveniente alguno en decir *quiero* al envido, y pidiéndole que le dieran la dirección de la casa que era paraíso de aquellos dos ángeles, sacó la cabeza por la portezuela para trasladar la orden al cochero, el cual les puso donde fue mandado con la mayor rapidez que consintieron las no muy lucidas midas, que no daban paso si no era en fuerza de furibundos trallazos y sonoras y descomunales blasfemias, de las que son exquisitos orfebres los carreros y cocheros de la Villa.

VIII

Cuando menos lo esperaban (después do mil peripecias y atrancos, sobre todo, en la empinada cuesta de la calle de Atocha), llegaron.

Ya comenzaba el día a tener barruntos de noche.

El caballero Febo no alumbraba ya más que las caperuzas de las chimeneas y las veletas de los templos y de las casas nobiliarias.

La señora Fuencisla, rubia como los trigales de Castilla por el agosto, habitaba en la calle de Cantarranas, corea del Monasterio de monjas Trinitarias.

Cuando el carromato paró ante el mezquino zaguán que valía por estuche de tan bizarra prenda, no pudo menos de admirarse don Gil.

—Pues, ¿cómo tan bizarra perla tiene tan pobre concha? —preguntó.

—¡Ay, hermano! —respondió la aludida, aderezando su rostro con un gracioso mohín—, porque no es oro todo lo que reluce; que mi loco marido anda enfangado en los laberintos de un pleito que no nos consiente vivir con honra.

En este momento, ya estaban en el suelo los tres.

Don Gil tiró una doblilla al cochero y, como gavilán hambriento, dio detrás de las palomas por las obscuridades del portal.

No había hecho más que pisar el primer escalón cuando se le vino a la memoria la joya histórica, olvidada en el coche. Salió a la calle como un loco y comenzó a dar voces al cochero, que ya tomaba la vuelta hacia el *Mentidero de representantes*[2].

Paró el hombre y llegó el desmemoriado, quien, no pensando acudir a tiempo, se precipitó al rescate de la venerable tizona.

La colgó del tahalí y se volvió donde, con tanta fuerza, le llamaba la carne pecadora.

Lucila le esperaba en el rellano de la escalera, para servirle de guía al aposento. Mientras subía el corto y empinado tramo, decía:

—Se me había olvidado la espada. Y, en verdad, que más que ella quisiera perder la mejor finca de mi patrimonio.

—Pues, ¿tanto vale? —preguntó la dama.

—Mucho más de lo que presumís, y no por ser mía. sino por haber sido de quien fue. Ahora, en lo que refrescamos, os contaré su historia, que es buen capítulo ele la Crónica de España.

[2] Punto de reunión de los cómicos, que estaba al final de la calle del León, en su confluencia con la del Prado.

A tiempo de entrar en la habitación, cuya puerta franqueó una vieja de la más celestinesca estirpe, cuchichearon las mujeres unas palabras que no pudieron llegar claras a los oídos del hidalgo.

Fuencisla, para mejor disimular, la dijo:

—Mira, González, ahora tomarás unos dineros que te dará este hidalgo, y nos traerás con ellos lo que sabes que más nos apetece.

Avendaño soltó la plata al pasar ante la dueña, y esta se escurrió por las tinieblas que ya ensombrecían el portal.

Entraron en una sala espaciosa, en la que había al fondo un balcón y, en uno de los lienzos de la pared, tenía un retablillo con una imagen de la Magdalena, alumbrada por una lamparilla.

—Dad acá una blanca, si sois cristiano, para el aceite de la pecadora arrepentida —le dijeron.

Y la moneda fue depositada sobre una alcancía enclavada en la pared.

Le pidieron que echara yescas para encender un velón de cuatro mecheros, puesto que no había otra luz que la de la devota lamparilla y la débil claridad que mandaban los estertores del día, y a la luz que se hizo pudo don Gil hacerse más cargo de la estancia.

En verdad que no correspondía al buen trapío de las dos mujeres, y más se acercaba a saleta de manfla que a estrado de casa honrada.

Pegadas con pan mascado, había diversas estampas de santos y una mala figura de Felipe IV, que representaba al Monarca sobre una nube sostenida por dos angelotes que más parecían mozos de taberna.

Encima de un bargueño, que, por lo deteriorado, parecía ser de los primeros que salieron de Bargas, había un San Antonio de Alcorza resguardado por un fanal de vidrio, teniendo como adornos unas florecillas de papel. Al lado, había dos libros; los miró al descuido don Gil, y halló que uno era un devocionario y el otro, *La lozana andaluza*, del clérigo Francisco Delicado; encima de los dos volúmenes triunfaba una baraja.

***

En tanto llegaba la dueña con el refresco, las dos buenas mozas alegraron de tal suerte a su merced que se olvidó nuevamente de la espada y de su prometida historia. Por mejor pasar el tiempo, le ofrecieron una partida de naipes.

El hombre a nada decía que no, y ocurrió que a dos vueltas que dio el desencuadernado libro de los cuatro monarcas, estaba en poder de las ninfas el alma de la faltriquera de don Gil.

Le doraron la píldora diciéndole aquello de desgraciado en el juego, afortunado en amores, que él miró entonces como cosa cierta; pero cuando se disponía a darse la razón con la hermosa Fuencisla, apareció la González con las manos vacías y haciendo más visajes que una poseída de todos los demonios del infierno.

—¿Qué pasa? —inquirieron a un tiempo las dos mujeres.

—¡Ay, amas mías, que no acierto con palabra que nos ponga a salvo! El marido de la señora Fuencisla, que sin avisar ha vuelto de su viaje, y viene hacia aquí con un amigo.

—¡Jesús nos valga! —exclamó la mal casada.

-—Eso no puede ser —rechazó Fuencisla, como resistiéndose a creer tan desagradable evidencia.

—¿Y por qué no ha de poder? —prosiguió la dueña, como picada de que se pusiera en duda lo que decía—. ¡No es mi amo hombre que gaste tan malas bromas! ¿Por ventura no se acuerdan ya de aquel viaje que hizo en que prometió emplear tres meses, y empleó tres horas, y al volver sin avisar, como la vio a su merced acompañada, por curarse de la pena de su ausencia, armó aquella zalagarda moruna? Pues no quisiera yo ver otra tal, aunque después de ella me ofrecieran la salvación eterna del alma pecadora, que tanto necesito.

Las mujeres, haciendo muy bien las atolondradas, corrían de un lado para otro.

Don Gil, que vio el pleito mal parado, fue a salir por la puerta; pero le detuvo Fuencisla, diciéndole:

—Por ahí no, pecador, que os toparéis con él y aún sería más grande el daño y más si lleva en el cinto, como hombre villano que es y malintencionado, aquel cabritero de cachas amarillas que tantas vidas tiene ya pasadas por los bordes de sus filos.

Esto hizo vibrar un tanto la hombría de don Gil y acordarse de que él, no siendo por un mal caso de justicia, no era hombre que se dejara degollar con las manos atadas a la espalda, y, además, ¿qué? ¿No llevaba una espada al cinto? Mas, en seguida, le vino a la memoria que aquel acero no debería mirarlo como tal, sino como reliquia, y fue consideración que menguó mucho el sarpullido de su negra honrilla.

Pasó los espantados ojos mirando si habría una alacena o un reloj de caja en la habitación, y en toda ella no halló cosa que le pudiera servir de cobijo en tanto riesgo.

La vieja apretaba que se dieran prisa en disponer la huida, porque el amo debía de estar ya entrando por el zaguán.

Fuencisla, como si no quisiera darse a partido, aunque bien puede creerse que ya no tenía para qué, decía:

—Tú sueñas, González. Por fuerza, entre el rosario y el aguardiente se te ha pasado el cerebro.

—Estos ojos que se han de comer la tierra le acaban de ver como estoy viendo a sus mercedes —prosiguió la vieja sirviente.

—¿Quien pensaría que ese pecador tornaría tan presto? ¡Santo Cristo de la Salud, si me pilla en este renuncio, ya me puedo contar con los difuntos! ¡En qué hora, Señor, en qué hora! —Así gritaba la señora Fuencisla, corriendo de un lado para otro, como quien de puro aturdida no acierta a resolverse a tomar una determinación.

—Bueno —dijo a este punto Lucila, que parecía más sosegada—, lo primero sea poner a salvo a este hombre. Venga vuesamerced por aquí.

La siguió Avendaño hasta la última estancia de la casa, que era un desván, donde había una ventana que caía sobre un patinillo pequeño y sucio.

—Salte por ahí —le dijo—, empuje luego aquel portiquillo, y estará en la calle. Muy bien librado sale vuesa merced, que nosotras aquí quedamos para sufrir las iras de aquel Satanás, que bien puede tenerse por cosa cierta que a estas horas le tendrán muy bien puesto en autos, con toda suerte de pelos y señales, de lo que hemos tenido el mal acuerdo de hacer, si no es ya que la propia González no nos ha vendido.

Don Gil, entendiendo que el peligro era tan apurado como daba a entender el azotamiento de aquellas mujeres, y que el que venía era propiamente un novillo de las toradas

salmantinas, hizo como le decían y, de un salto, se descolgó al patio, sin que faltara mucho para haberse quebrado una pierna, por la rudeza del golpe, ya que la ventana estaba puesta a más altura de la que a tanta priesa convenía.

Se alzó un tanto dolorido; mas, apenas anduvo dos pasos, estuvo a dos dedos de quedarse muerto.

Se había olvidado de la espada del duque de Alba.

El trance era para darse a todos los demonios del infierno y a algunos más de los que hubiere desparramados por sus cercanías.

¿Quién volvía por ella, ofreciéndose tanto riesgo, amparado por la ley y reforzado por aquel mandamiento que dice en forma tan severa: «No desearás la mujer de tu prójimo»?

Y, también, ¿quién renunciaba a quedarse sin premia de tanto mérito?

Al fin, se decidió.

Pudo más en él la devoción a don Fernando de Toledo que el miedo al marido burlado, y comenzó a dar voces, que atrajeron a Lucila, entendiendo que se habría lastimado en la caída.

—¿Qué le pasa, señor hidalgo? —preguntó, puesta de pechos en la ventana.

Y el hombre, devolviendo a los recodos de la garganta los bríos de la voz, porque aquel no se enterara de su presencia, si por acaso estaba ya en la casa, dijo:

—Hacedme la merced de echarme la espada.

—¿Pues no la teníais con vos? —replicó la moza.

—Si la tuviera, ¿la pediría? —replicó un tanto amostazado el hidalgo—. Traedla, que, sin duda, está en aquel rincón junto al retablo de la Magdalena.

Entró la bizarra a buscar la tizona, y tornó presto con ella; y, sin decir palabra, la dejó caer sobre don Gil, el cual, como no la esperaba tan presto, ni tan a plomo como cayó, la recibió de lleno en la cabeza, encontronazo que le dejó por huella un razonable lobanillo.

—¡Voto a Judas, mujer del diablo, que podías mirar lo que haces y tener más tiento con quien has saqueado con más saña que si fuese plaza rendida!

—Pues, ¿cómo es eso —arguyó la hembra—, después del riesgo en que por él nos hemos visto dos mujeres de bien, enemigas de andar en confianzas ni tratos con persona ajena, que bien lo sabe toda la vecindad, aún tiene flema para echarnos en cara los cuatro ochavos que empleó en una vuelta de baraja?

—Sí tengo, mujer, sí tengo —replicó don Gil, que ya iba despertando de su necedad—, y bien empleado me está, que me la disteis como al pardillo más novato que ha entrado ogaño por las puertas de Madrid; pero, a fe, que ya os toparé cuando menos lo piense y sabréis quién es Calleja.

Una gran risa y la ventana cerrada de golpe valieron por eco de las palabras del dolido…

Si su merced hubiera podido ver cómo las picaronas se reían y comentaban el lance en tanto se repartían la ganancia de la burla…

Porque era lo cierto que de las dos reales hembras ninguna era casada una vez sola, sino muchas veces, todos los días, y más que de su propio pecado gustaban de vivir de la caza de incautos galanes.

Bien hizo el hombre al recelar del barrio en que vivían, y bien pudo tener en cuenta aquella frase del vulgo que decía de las más de las calles de este barrio y particularmente de la de las Huertas: «Calle de las Huertas, más *daifas* que puertas».

IX

Ya era de noche obscura por toda la Villa y Corte de las Españas cuando don Gil de Avendaño se vio libre de su aventura del Prado, tan a costa de su bolsa y de su tranquilidad.

En su fuero interno, no se perdonaba aquel desvarío, que, además de calaverada, tenía el agravante de profanación histórica.

Como ya dije, la noche había cerrado tan por completo que no se veían ni los dedos de la mano. Y menos mal que Madrid es población devota y no faltaba un retablo en cada

esquina, y así podía guiarse por la luz de las lamparillas que alumbraban las sagradas imágenes.

Al salir del Corralillo, se vio en la calle de francos, frente a la casa donde moraba el Fénix de los Ingenios, Fray Lope Félix de Vega Carpio; subió hasta la del León, para dar en su posada, que estaba en la del Príncipe, junto al Corral del mismo nombre.

Al cruzar por la calle del Lobo, oyó voces de auxilio y vio brillar en las sombras el reflejo de los aceros.

La voz angustiosa:

—A mí las gentes honradas, que me matan estos capeadores.

El primer impulso de don Gil de Avendaño fue el de acudir en favor del que se veía en peligro, y rompió a correr, pero, en mitad de la carrera, se acordó de que iba desarmado, pues lo mismo era llevar colgado del cinto el famoso hierro que tanto pavor diera en el siglo anterior a los levantiscos flamencos.

¿Cómo iba a exponer la veneranda reliquia a los azares de una lucha en la que pudiera salir mal parada? Además, que no era tan ligera que se pudiese mover con la soltura y desembarazo que era necesario en trances tan apurados y contra más de uno. Debía de ser mucho brazo el del duque de Alba.

Y subiendo el embozo de la capa, volvió sobre sus pasos y, a buen andar, se metió por la calle del Baño.

Menos mal para el malaventurado que, en aquel momento, había salido gente a los balcones y a las puertas, y con ello los malandrines le habían dejado con vida, pero… a cuerpo.

A bien que mientras a todo andar caminaba hacia su posada (dando un gran rodeo), juraba por las Órdenes que tenía recibidas (pues era Caballero de Santiago y de San Juan de Jerusalén) tomar luego su espada y salir a la busca de malandrines, en descargo de aquello que bien sabían Dios y su conciencia que no era cobardía, sino prudencia y amor a la Historia.

Muy absorto en tales pensamientos iba el hombre a buen andar para verse libre de percances callejeros, cuando, al pasar junto a la puerta de un figón, tropezó con dos

pellejos con patas, quise decir dos borrachos que, enzarzados de tenaz pendencia, fueron lanzados a la calle por el bodegonero.

Tal encontronazo dieron a don Gil que mucho milagro fue que se sostuviera en equilibrio.

El uno de ellos le juraba al otro por el sol que los alumbraba, y era noche obscura, que le tenía que ensartar los hígados; como columbró la espada por debajo de la capa de Avendaño, se fue a buscarla, diciendo:

—Dadme acá, buen hombre, que luego os la devolveré más honrada que se ha visto en todos los días de su vida.

Y diciéndolo, tiraba de la empuñadura; y sin que el caballero hubiese tenido tiempo de evitarlo, la sacó de la vaina y, con más ligereza de la que diera que pensar la borrachera, dio tras su camarada, gritando:

—Venid acá ahora, gallina en corral ajeno, ya que aquí os metisteis sin que nadie os llamara. Venid acá a echarme fuera, que yo os echaré las asaduras.

Trazas llevaba de cumplir lo que ofrecía, pero don Gil reaccionó sobre la pasividad que antes le contenía el corazón y le trababa las manos. Como se vio en peligro de perder su reliquia, y cerrando contra el atrevido, de una sola manotada le derribó en tierra y le quitó la espada, con la que no pudo por menos de asestar al otro dos espaldarazos, que, aunque fueron dados de plano, le desvencijaron muy bien.

Volvió el ya profanado acero al estuche de donde no debió salir ni aun para defender ni a la misma dama de sus pensamientos (y esta fue la primera vez en toda la tarde que se acordó don Gil de su Clara Eugenia), e hizo juramento de no detenerse, aunque se hundiera el mundo, hasta llegar a su posada.

No había andado diez pasos, cuando oyó un estentóreo: «¡Agua va!» que, desde diez leguas, transcendía a fregona gallega; y sin que hubiera lugar de apartarse, le cayó encima la más negra rociada que recibió el arroyo de la calle.

De nada le sirvieron denuestos e insultos, pues la moza, así como hizo el mal recado, dio un portazo a la ventana y se metió dentro.

***

Tan deprisa caminaba nuestro gentil hombre, ya más por afán de limpiarse de la inmundicia que por resguardar la joya de profanaciones y pendencias, que no advirtió que un bulto se acercaba hacia él, aun cuando el que venía se ayudaba a navegar entre las sombras con una linternilla.

El topetazo fue recio y nada blando, porque, sin duda, el que llegaba también traía sus pensamientos en república.

—Si es ciego —exclamó este—, ¿por qué no lleva un lazarillo que le acompañe y le guíe?

—El ciego lo será el insolente, que yo bien voy por la mano que me corresponde —replicó Avendaño, que, a pesar de la rociada, iba harto quemado.

Tras estas, se trabaron de más pesadas palabras, y el de la linterna la descargó reciamente sobre la faz de don Gil, con que le dejó muy bien descalabrado y chorreando aceite.

Aquí se acabaron por parte del ofendido la paciencia y el respeto a la memoria de don Fernando de Toledo, porque, echando mano a la reliquia, arremetió con tal encono al manilargo que, de un mandoble furibundo, le rebanó media oreja.

El otro, que se vio malherido, comenzó a dar voces que atronaron la calle.

—¡Favor, auxilio, que me han muerto! ¡Confesión, que se me va la vida!

Avendaño intentó escurrir el bulto, y sin pararse a envainar la espada, dio a correr con toda la fuerza de sus talones.

Se abrieron balcones y ventanas, y algunos vecinos bajaron a recoger al herido.

Al cabo de un poco, aparecieron por la parte de la calle del Prado los farolillos de una ronda.

Se enteró el alguacil del percance por boca del maltratado, que era un donado del vecino Monasterio de San Antonio el Real, y mandó a dos corchetes que siguieran las huellas del ofensor, pues no podía estar muy lejos.

La gente se volvió a sus casas y el herido fue trasladado a un convento.

Siguiendo las indicaciones de quienes pudieron ver huir a don Gil, sus perseguidores subieron a la Carrera de San Jerónimo y echaron hacia la calle del Príncipe.

X

Por fin pudo llegar Avendaño al zaguán de su posada.

En ella, le aguardaba un escudero viejo, que al punto reconoció por el que servía a la dueña de sus pensamientos y con la que estaba a punto de matrimoniar, transcendental inciso que, siendo Dios servido, estaba determinado para la entrada del otoño.

—¿Qué traéis, señor Núñez? —preguntó el hidalgo, pesándole la respuesta.

—No más que este billete de mi ama, y que Dios os guarde —dijo el avellanado *doncel*, disponiéndose a tomar la vuelta de su casa y sacando de debajo de la capa la espada desnuda y la linternilla encendida.

—Esperad —mandó don Gil.

A que respondió el fámulo, sin detenerse en la emprendida retirada:

—Me dijo mi ama que no tenía respuesta.

Subió Avendaño de dos en dos los peldaños de la empinada escalera, dándosele muy poco de la gloriosa tizona, cuya contera se aporreaba muy reciamente contra Jos escalones y las paredes.

No tuvo calma para llegar a su aposento, y al mismo criado, que salió a recibirle y se hizo cruces de ver cómo venía su amo, mandó que le alumbrara.

Abrió el pliego y se halló con que decía de esta suerte:

«Señor alegre: De hoy más queda libre su merced de fingir amores ni finezas a quien tuvo la inocencia de darle crédito como quien tan inocente es de las falsedades de los hombres. Siga con las mismas bellacas a quien esta tarde iba sirviendo con tanto regocijo, mientras yo estaba sufriendo en casa y pensando en él.

»Espero que mañana mismo se servirá volverme aquel anillo y aquellas cartas, como yo haré con los suyos tan pronto como esos otros estén en mi poder.

»Ni puedo ni quiero escribir más, que el tiempo que estoy empleando en escribir a tan falsa y cínica persona parece que estoy restándoselo a mi propia vida.

Clara Eugenia».

Durante un buen rato, no sabía qué hacer, como si la lectura de la inesperada carta le hubiera quitado toda voluntad y movimiento.

Al fin, en un arranque de orgullo, como queriendo darse la razón a sí mismo, clamó:

—Bien, ¿y qué?

Pero, como dicen, otra le quedaba dentro, que tengo para mí que le llegaba a las fronteras del alma, porque la prometida era linda por todo extremo y tan rica como hermosa.

Iba a entrar en su estancia cuando un hombrecillo gordo y colorado, que recordaba uno de aquellos orondos villanos de Teniers, se le acercó con el sombrero en la mano:

—Pues, ¿qué quiere, buen hombre? —le preguntó de mal talante, que no le había quedado el humor para repartir cortesías.

—Señor —respondió aquel—, mi amo, el hostelero de la calle de Postas, donde tiene vuecelencia por costumbre de ir a comer los jueves con algunos amigos, me manda con esta carta.

—Bien. Traed el papel y que Dios os guarde —replicó don Gil tomando el billete que le ofrecía el emisario, a cuya actitud tornó a decir este:

—Aunque vuecelencia me perdone, tiene que responderme, pues me dijeron allá que debería entregarme no sé qué cosa.

Por quitarse de delante al importuno, allí mismo leyó este segundo papel, como había leído el primero, y a cada línea que pasaba ante sus ojos se le mudaba el color tanto o más que con la anterior lectura.

Por lo que parece, decía así:

«Señor don Gil de Avendaño: Por la presente se os ruega que devolváis a quien os dé esta la gloriosa espada del duque de Alba, que ya por esta tarde ha hecho más de lo que corresponde a sus méritos; pues si llevándola consigo habéis devuelto al mundo la devoción de aquel general tan famoso hace cincuenta años cuanto olvidado en el día de hoy, justo es que esta noche vuelva a cumplir su oficio en mi hostería.

»Con perdón, señor don Gil, es el caso que anoche concertaron unos amigos suyos hacerle una burla inocente para hoy, sabiendo la afición que tiene por las cosas pasadas. Pensaron regalarle la famosa espada del duque de Alba, y no teniendo a mano otra que mejor la

representara que un asador de mi cocina, que bien pudiera haber sido en sus mocedades arma gloriosa en la diestra y en la cinta de algún caudillo insigne, cargaron con él, y es ese que hoy ha paseado vuecelencia en las Gradas, en la Comedia y donde más le haya parecido.

»Como a la hora de esta ya no tendrá necesidad del artefacto, le ruego que me lo envíe, quedándole agradecido y dispuesto para servirle con él cuando se le ofrezca decirle a alguien que ha topado con la tizona del Cid o el montante de García de Paredes, mi paisano, que tal honra me cabe por ser extremeño.

»Dios le guarde y no me conserve rencor, que fue exigencia de parroquianos, a quienes estamos sujetos cuantos vivimos del servicio público.

Su mejor y más humilde criado,

Ceferino Antequera».

A responder iba en el inocente y rollizo mensajero, cuando subió, toda medrosa, la moza de la posada, diciendo:

—Señor don Gil, aquí viene preguntando por vos la justicia.

No había acabado de hablar la muchacha cuando se vio el hidalgo cercado de corchetes.

—Daos preso en el nombre del Rey —dijo el alguacil.

Y el hidalgo, que, después del bien perdido de sus amores, del ridículo pasado y de los percances del agua sucia y del linternazo aceitoso, todo le daba igual, se dejó atar por los crueles sayones y salió camino de la cárcel.

¡Le valiera Dios con la espada del duque de Alba…!

FIN